

Señores,
Museo de la Memoria y los DD.HH,
Ganadores año 2015,
Familia, amigas y amigos,

Dar inicio a este discurso no fue sencillo. Tras recibir la noticia donde se me notificó que este trabajo de tesis era el mejor entre todos los premiados del 2014, un sin número de sensaciones vinieron a mi memoria. Sin embargo, el más patente de todos era un nombre: Armando Reyes. Y fue exactamente lo mismo que pensé hace un año, cuando se eligió a esta propuesta como una de las más destacadas a nivel país.

Sé que cada uno de nosotros, jóvenes investigadores, tenemos nuestra propia historia y motivación detrás de la elaboración de la tesis, este proceso cúlmine y ritual, que te consagra en la disciplina que elegiste. No obstante, considero que la tesis en sí es más que eso, o al menos así me lo planteé yo desde un principio: es la instancia en que tu propio saber puede tener un impacto y servir a la sociedad. Y digo esto porque soy lingüista, egresé de la Pontificia Universidad Católica de Chile de una carrera poco común y que, de hecho, no todos conocen ni entienden su utilidad. Y como tal, siempre he sido crítica del cómo hacemos las cosas: para poder hacer academia debemos salirnos de ella, recoger la realidad que se plasma fuera de los discursos de laboratorio o las frases pre-fabricadas cuando comienzas a estudiar gramática; debemos, inexorablemente, tomar la lengua viva, apropiarnos de esta y, de esa manera, comprender. Comprender la realidad que las personas construimos a través de nuestras palabras, comprender los procesos, las realidades y las formas en que las planteamos mediante este tan importante recurso. Señoras y señores, no hay algo más fuerte que el poder de la palabra, y eso queda demostrado en cosas tan explícitas como la historia. Si yo les digo, cito: “colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos”, pueden ya presuponer a quién me refiero. Las palabras eternizaron el último sentir de un presidente antes de morir, y son también las palabras aquellas que cristalizan tanto su obra como consecuencias acaecidas a posterioridad de su mandato. Sin embargo, es acá donde se produce el problema: las palabras no son inocentes, y por lo mismo, la realidad que construimos con ellas tienen una directa relación con otros factores que pueden ir en beneficio o detrimento de algunos grupos sociales. Con lo anterior retomo el punto inicial: una tesis es el proceso cúlmine de una etapa de tu vida, pero que depende de uno hacer que tenga un real sentido y un aporte a la sociedad. Ese fue mi bastión al momento de comenzar mi proceso de investigación, y hoy es este el resultado.

Ahora bien, el título (advierto es bastante extenso) puede sonar poco clarificador en una primera instancia: “Recontextualización del discurso pedagógico de la Dictadura militar (1973-1990) y las violaciones a los Derechos Humanos en Chile: estudio crítico sobre el posicionamiento de actores sociales en narrativas comparadas pertenecientes a 6° básico”. Sin embargo, el objetivo era menos oscuro: comprender cómo se está presentando a nivel discursivo la Dictadura Militar chilena (1973-1990) – y sus consecuencias dentro de los DD.HH- a estudiantes de sexto año de enseñanza básica. Así, uno de los objetivos fue dar

cuenta de los actores sociales al interior del discurso pedagógico oficial (es decir, aquellos licitados y difundidos por el MINEDUC). Lo anterior toma en consideración que los textos escolares son influyentes en la cosmovisión, apreciación y significación del estudiantado en relación al pasado traumático reciente. Por lo mismo, resulta fundamental precisar en qué forma se logra posicionar a las víctimas y victimarios de la Dictadura militar en relación a la violación de los DD.HH, a partir la voz hegemónica al interior de un texto: se realizó un análisis contrastivo del primer texto que abordó – en la época de transición a la democracia – entre sus contenidos la Dictadura Militar y las violaciones a los DD.HH (Benítez y Donoso, 2000), y el licitado justo a los 40 años del Golpe militar (Álvarez et al., 2013). Las reflexiones finales sobre esta investigación muestran los modos discursivos en que se logró silenciar o dejar como *background* a actores sociales responsables de los vejámenes e injusticias acaecidas en dictadura dentro de los textos de estudio, lo que configura una visión potente frente al cómo se puede reconstruir la historia traumática reciente desde el aula. Mi propósito era analizar de forma crítica la manera en que ahora seguimos construyendo la historia considerada oficial, en qué relatos y narrativas circulan para las futuras generaciones y, con lo anterior, entender que esto afecta directamente a algo que nos convoca a todos acá: la memoria. Y en el proceso de investigación, que fue bastante escarpado y fuerte en materia personal, no puedo negar que me quedó una sensación ambivalente. Por un lado, me siento aún más impulsada a trabajar en pos a la memoria y, por sobre todo, los Derechos Humanos (cosa que estoy haciendo en la tesis de mi segundo pregrado, que es Filosofía), pero por otro me queda un sentir triste. Triste en ver cómo el discurso sirve a intereses ajenos a los que debería esperarse en esta época de “reconciliación”. Triste, por ejemplo, que todos los ejemplares de libros del año 2000 hayan sido destruidos debido a un conflicto de intereses políticos que llegaron a límites insospechados: como dato, en ese año se incorpora por primera vez en el currículum nacional la temática de la Dictadura, lo que provocó fuerte resquemor por parte del ala política conservadora del país y que, sin hacer mayor discusión, quienes estaban en ese momento en el poder gubernamental no pusieron óbice alguno y quitaron los libros de circulación (los mismos que ellos le dieron a cada estudiante de nuestro país). Se silenciaba la palabra, se omitía la discusión y nuevamente se evitaba el tema. Ya con el tiempo regresó a las salas de clase este episodio de la historia, pero aquellos libros fueron hechos desaparecer. Cuando en compañía de mi madre fui a la biblioteca del Ministerio de Educación a solicitar una fotocopia del libro se me señaló todos habían sido destruidos, que no existía ni una sola copia de esas casi 300.000 impresiones . Y así fue como escurriendo entre libros olvidados y desechados, en un viejo galpón lleno de polvo y revistas con olor a encierro, encontramos una de las pocas copias que hoy en día existen de aquel texto, una de las pocas que se salvó del fuego que silenció el discurso que presentaba por primera vez a nuestras niñas y niños a nivel nacional. Un libro que trataba, en la medida de lo posible, narrar qué pasó mucho antes de que ellos nacieran. O en rigor: qué fue aquello que ocurrió y les quedó hoy como consecuencia de tan oscuro episodio.

En cuanto al porqué decidí escoger, específicamente, esta forma de hacer mi contribución al museo, y en general a la sociedad, es porque como expertos en materia de la lengua somos conscientes de lo peligroso que es el discurso en su realización y difusión. ¿Dónde reside el peligro del discurso? La memoria se ha vuelto frágil y es muy sencillo corromperla: así como Platón dentro del Fedro mostró los peligros de la escritura en cuanto a la memoria (274d-275b), se entiende que al guardar entre las líneas del texto los

recuerdos y el pasado, se puede llevar a su adulteración o disposición de modo tal que cambia la perspectiva para los receptores. La memoria se teje en las narrativas, pero también se descose en la medida en que se somete a juicio lo que estos discursos dicen. El problema radica en que a estudiantes en etapa formativa, bajo un sistema educacional que no impulsa una habilidad crítica entre sus competencias, los textos son recibidos y conducen cierta manera de recontextualizar el pasado. Por tanto, los sujetos implicados, las acciones acaecidas y las consecuencias plausibles hasta el día de hoy son aspectos que quedan casi al devenir de la suerte: se puede controlar lo que pasa en el texto, pero no lo que sucede en las aulas de clase. Si bien, los profesores tienen un manual que acompaña al libro de estudio, el énfasis que se busca está enmarcado en el currículo particular de cada establecimiento o corporación educacional.

Es urgente entender que las narrativas del pasado traumático reciente pueden ser interpeladas como poco objetivas y juzgadas bajo lo recién dicho. Ello no implica, en lo absoluto, el aspirar a una postura tan ajena que termine poniendo a los estudiantes como meros espectadores. Son nuestras niñas y niños los que, con estos antecedentes, van a construir el país el día de mañana. En otras palabras, son agentes en la edificación de futuro en la medida que se haya (re)construido el pasado para ellos. El tipo de sociedad que logren erigir se influye por aquella que se les presentó en el comienzo de sus vidas, a menos que se vuelvan lo suficientemente críticos para deconstruir las narrativas que los formaron en el comienzo. La responsabilidad que cae en ellos es de suma importancia y, por lo tanto, dar tratamiento de forma parcelada o simplista a un período histórico tan controversial, es como despojar de alas a un pájaro: para que no ocurra nuevamente, los que vienen deben aprender de los errores de los que los antecedieron. Por otro lado, es imperativo que se tome mayor énfasis en la formación que se da en Derechos Humanos. Si bien es cierto se hace, no es con un impacto tan alto: la información circundante en la materia es vaga, tratada de forma parcial o, por desgracia, dejada hacia el final de cada unidad casi como un anexo en los textos de estudio. La formación en esta materia debe ser enfática, en tanto la consideración a estos derechos fundamentales en la educación de nuestros futuros ciudadanos les ayudará también a tener mayor consideración y respeto por el otro y por la sociedad que entre todos construyen. Para que nunca más en Chile ocurra un período tan oscuro como la Dictadura Militar de 1973-1990 es necesario que (re)construyamos memoria. Ese debe ser el objetivo próximo de las narrativas que hablen sobre nuestro pasado reciente. Esta es la tarea pendiente que tiene la educación formal en el país, y es el discurso una de las herramientas más impactantes que existe en este momento para hacernos cargo.

Para finalizar, quisiera entrar ya en un terreno más íntimo y explicarles por qué fue “Armando Reyes” lo que se me vino a la mente cuando gané el año 2014, al igual que ustedes acá presente, y cuando me avisaron este año acerca de este reconocimiento que hoy vengo a recibir. La segunda página de mi investigación señala que toda ella está dedicada a la memoria de él, mi abuelo. Armando Reyes, dirigente sindical durante el Gobierno de Salvador Allende, un hombre fuertemente comprometido con la búsqueda de la dignidad y el bien común sus compañeros, trabajadores de este país. Es él para mí una figura de suma importancia en mi vida. Justo en unas horas más se cumplirán 12 años de su muerte, y la verdad es que fue una más de las personas que construyeron memoria en este país, pero de forma silenciosa. Nunca me habló del golpe, o de que casi se lo llevaron detenido en el año 1973; tampoco me instruyó en su pensamiento socialista, ni mucho menos me dio juicios de

valor de quienes tomaron el poder por la fuerza ese 11 de septiembre. Él me enseñó que se construye un país mejor luchando por la dignidad de su gente, en la búsqueda y perseverancia de la justicia y, por sobre todo, que las personas nunca se olviden de su historia. Porque al final eso somos: lo que hacemos es seguir escribiendo hacia adelante un relato que lo continuarán nuestros hijos, nietos y quienes tomen la pluma y decidan seguir. Nosotros, a fin de cuentas, tenemos un plazo fijo, un momento de partir (como él, hace 12 años atrás), pero nuestras acciones, como fue en su caso, o mis palabras, como es en esta oportunidad, son eternas. Porque al final del día, él en su silenciosa lucha sindical, o yo desde la academia, tenemos un fin común: construir memoria.

Agradezco con especial consideración al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, no solo por la existencia de esta clase de instancias que sin duda aportan riqueza a nuestro país, y que por sobre todo preservan nuestra identidad, sino además por implementar gestiones como esta en favor de lo que hacemos miles de personas en pos de la memoria. De este modo, es tarea de todos quienes tenemos pasión por el conocimiento el seguir trabajando en virtud a su causa, pero por sobre todo, continuar en el proceso de erigir un futuro más próspero (y sin olvido) para las generaciones venideras. Recibo con mucha humildad este reconocimiento, sobre todo porque aún en lo personal me queda por seguir creciendo, potenciándome y desarrollándome en vistas a algo que me apasiona: investigar y enseñar, desde la academia, en cuanto a estas temáticas. Por otro lado, me es imperativo reconocer también a mi madre, Mariela Reyes, y a mi marido (quien en ese tiempo era mi novio), Samuel Zvaighaft, quienes sin duda alguna vivieron conmigo el proceso de investigación y escritura de esta tesis. Las jornadas de trabajo, indagación y búsqueda no habrían sido tan exitosas y fructíferas sin su constante ánimo, amor y comprensión. Fue un proceso duro, difícil, pero acá estamos y hoy damos al país un hijo desde la lingüística que ayude en un granito de arena a que no se olvide, y a que nunca más en Chile se repita. Muchas gracias.